



IV Promoción Universidad Monteávila

Firma del Acta de Grado
Incorporación a la Asociación de Egresados
27 de julio de 2007

Palabras de Apertura
Dr. Joaquín Rodríguez Alonso
Rector

Hace unos días, en un evento con rectores y representantes de universidades de toda la región de América Latina y el Caribe, me presenté como el “rector de la universidad más pequeña de Venezuela y quizás de toda la América”: la sentencia sólo la puso en duda, y no demasiado convencido, el representante de Surinam. Al final de la intervención, ya en el refrigerio, se me acercó un oficial de la UNESCO, a quien no conocía, y sin más introducción me dijo: “será la más pequeña, pero es buena”. Se me agrandó el pecho de orgullo, pero al instante recordé lo que con alguna ironía hemos compartido entre directivos: “que tenemos más fama que universidad”. Seguramente –pensé– una mezcla de compasión latina por el más débil y alguna noticia suelta le habrán llevado a decir eso.

En la fugaz tensión entre la soberbia y la humildad, comencé por darle las gracias y me aventuraba a comentarle que apenas teníamos siete años, que carecíamos incluso de elementos fundamentales como la investigación y el postgrado, que estábamos condicionados por muchas limitaciones, y así hubiera seguido en la relación de necesidades si él no se me hubiera adelantado para decirme “es que conozco a algunos de sus profesores y estudiantes, y sé que son gente buena”.

Una universidad buena, esencialmente, es la que hace y se hace de gente buena. La lección inaugural de nuestro querido y admirado rector fundador, Dr. Enrique Pérez Olivares, corrió rauda por mi mente, ...“querer bien al amigo, querer el bien del amigo”... La vuelvo a traer ahora a la memoria para recodarles que con esa invitación se les recibió aquí hace cinco años, para que formaran parte de una comunidad que busca ese bien en el trato cordial entre las personas que en ella conviven y al modo propio de lo universitario: procurando alcanzar los saberes superiores. Parece momento oportuno para echar una mirada a este tiempo crucial en sus vidas: ¿se han hecho buenos?, ¿han hecho el bien?, ¿han procurado el bien de los otros?, ¿les han querido bien? La respuesta verdadera no se reduce a las notas obtenidas en las asignaturas o en el proyecto final de carrera, en el desempeño de las pasantías y prácticas profesionales, en las ofertas o planes laborales, ni en el título que se les conferirá en breve. Sólo puede surgir del corazón singular de cada uno de ustedes. Cada quien tiene su biografía: unos más, otros menos, la han compartido parcialmente entre nosotros. Pero preguntas tan radicales sólo se resuelven en el misterio de la intimidad, allí donde la conciencia se encuentra, a solas, con el Creador, con su Redentor.

Les hemos acompañado con la pasión del artista por su creación, del campesino por su siembra, del misionero por su obra de caridad, ofreciendo nuestros saberes, parcialmente logrados, y

nuestra presencia enteriza, cercana, para favorecer en ustedes los aprendizajes que buscaban para su formación profesional y humana, y otros que, quizás sin buscarlos, se los han encontrado como una invitación amable a ir más allá de las aparentes necesidades. Pero me apuro a pedir perdón, por mí y por los demás directivos y profesores que no tienen esta ocasión de dirigirse a ustedes todos juntos, pero sí la intención de disculparse por nuestras faltas: por las veces que no llegamos a tiempo, por las incomprendiones que resultaron en juicios equivocados, por el descuido que no llegó a advertir el ruego de ayuda, por el desdén que se volvió barrera de trato, por las palabras indebidas, por las enseñanzas apuradas, por las notas injustas, por las explicaciones insuficientes, y por la falta de firmeza cuando requerían la solidez de una columna en que apoyarse.

Les hemos acompañado con la responsabilidad de los padres, que saben que sus hijos son su mejor orgullo; y con la entereza de las madres, que saben querer aunque haya defectos; y con la ingenua sabiduría del abuelo, que observa y calla, que en el silencio guarda, por tiempo, miradas, gestos, palabras, vestires, andares, lejanías y ausencias, y que hasta se deja engañar de la mentira del nieto, seguro y atento de la ocasión en que habrá de sacar oportunamente la lección que mueva al arrepentimiento.

Les hemos acompañado con la ilusión del niño que vuela su papagayo y lo quiere ver volar alto, muy alto, más alto. En la seguridad de que juntos hemos soplado vientos de altura, a los pies de este Ávila señero que continuamente atrae nuestras «miradas norte», y que cada uno ha ido soltando su pabulo según la tensión única de su alma joven. Hemos crecido en la esperanza firme que con ustedes renace un pueblo bueno, un mundo mejor.

En estos días recientes, en que las vicisitudes del país han llevado a muchos de ustedes y sus compañeros a “vaciar las aulas para llenar las calles”, llevando la universidad consigo al encuentro de un pueblo que no puede renunciar a procurarse la concordia de sus gentes, he caminado con frecuencia los pasillos solitarios. Mi herencia hispánica me traía el recuerdo de una célebre copla de tuna “Triste y sola se queda Fonseca...”. En el silencio melancólico y extraño me preguntaba por la razón de ser de la universidad: viéndola así de vacía, me cuestionaba si tenía sentido. ¿Universidad sin estudiantes? Pensé en ustedes, próximos a graduarse, y en su inmediato “irse” de la universidad, y los “vi”: ausentes de sus pasillos pero andando las calles, plazas y carreteras del país y aún

del mundo; ausentes de sus aulas pero llenando las oficinas de las empresas, los bufetes y tribunales, las escuelas y liceos, y los espacios más diversos de los medios de comunicación; ausentes del cafetín pero alegrando los espacios de entretenimiento; ausentes de su biblioteca pero estudiando las páginas nuevas de las experiencias cotidianas del trabajo profesional; ausentes de la conversación cordial con sus profesores pero intimando los diálogos amorosos que les conducirán a hacer familia. Pude ver que en todos esos ambientes se llevaban con ustedes a su Universidad Monteávila. Me convencí de nuevo, con certeza de carne y hueso, que la universidad es principalmente “sus egresados”, que son ustedes su razón de ser más duradera.

Termino con el reto que Juan Pablo II lanzaba a los jóvenes del mundo reunidos en Tor Vergara, en el alba de este milenio: “Si sois lo que tenéis que ser, ¡prenderéis fuego al mundo entero!”¹ . Vayan pues, sean auténticos, sean los egresados buenos de una universidad buena, sean los ciudadanos buenos de un país bueno, sean las personas buenas que el mundo necesita y Dios quiere que sean.

Felicitaciones a cada uno y muchas gracias a todos.

1 JUAN PABLO II, Homilía en la Eucaristía concluyente de la XV Jornada Mundial de la Juventud, cit. en JUAN PABLO II, Desde Roma a los jóvenes, VIII-2000, Palabra, Madrid 2000, p. 132.